

EL PENSAMIENTO DE MAEZTU ANTE EL FIN DE SIGLO ESPAÑOL

MOISÉS SIMANCAS TEJEDOR*

Preludio

Pretendemos en este trabajo una aproximación al pensamiento de Ramiro de Maeztu (1874-1936) ante el fin de siglo español, por considerar que esta etapa es la menos conocida, pese al interés de los temas que trata y la actualidad de algunas de las cuestiones que plantea; a la vez que, sin negar las notables diferencias que hay entre estos escritos de juventud y la obra madura de Maeztu, lo cierto es que también hay cierta continuidad en forma de algunos temas e ideas.

Para nuestra exposición del pensamiento de Maeztu hemos hecho una selección de sus *Artículos desconocidos (1897-1904)*, agrupándolos en torno a una serie de temas-claves en esta etapa, como son: Socialismo, Cuba, Intelectuales, Iglesia, Estado, Regionalismos, Cuestión agraria y, por último, Nietzsche como medicina. No obstante, debemos comentar que hemos dudado si establecer o no como tema-clave el Anarquismo, aunque al final optamos por tratar esta cuestión dentro de los otros temas ya señalados.

I. Socialismo

Un importante artículo de Maeztu para este tema es el titulado «El socialismo bilbaíno» (*Germinal*, 16 de julio de 1897)¹. El pretexto de este artículo fue la decisión de los mineros vizcaínos de ir a la huelga, ante los manejos de un importante industrial vasco y de un ministro conservador para invalidar la elección de tres concejales socialistas, después de haber aprobado sus actas la Comisión provincial.

En dicho artículo, tomando como ejemplo Bilbao, Maeztu nos describe el paso de la sociedad tradicional y pre-industrial a la sociedad moderna e industrial: el descubrimiento de minas y su explotación, a los que acompaña una rápida industrialización, traen consigo un cambio en el paisaje y en el entorno humano en general; así como la aparición de nuevos grupos sociales (burguesía y proletariado), que se relacionan entre sí de modo distinto a como lo hacían los grupos tradicionales, y, por tanto, un cambio de mentalidad:

Bilbao, el Bilbao moderno, pueblo de aluvión, [...] tenía que ser la Meca de nuestro socialismo. Hecha la paz y al conjuro de nuevas y fecundas minas descubiertas, acuden a esa América peninsular los desheredados de toda España, que desde el mismo momento de emigrar del terruño, se emanciparon de la embrutecedora tutela parroquial, de la tutela de los padres, apegados a la gleba y conformes, en religiosa y estúpida conformidad con la pobreza, y de la tutela de los humanos respetos, anuladora de los caracteres en la aldea natal.

* **MOISÉS SIMANCAS** es doctor en Filosofía y Letras (Filosofía y Ciencias de la Educación), profesor de Filosofía y Ética e investigador sobre la Historia del Pensamiento español.

¹ Este artículo, como todos los que en adelante haremos referencia, se encuentra en FOX, E. INMAN, ed.: *Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos 1897-1904*, Editorial Castalia («Biblioteca de pensamiento», núm. 4), 1977, pp. 277. [Estudio preliminar «Ramiro de Maeztu y Whitney ante España 1897-1904», «Bibliografía selecta» y notas de E. Inman Fox.]

A la vida equilibrada del señorío antiguo, con sus fueros tradicionales y sus curas y sus nobles y sus fanáticos caseros, sucedió bruscamente la concurrencia desesperada. Se taló el campo, las montañas se arrancaron de cuajo, derribáronse caseríos, desapareció la aristocracia, anegándose en la marea creciente de los advenedizos y surgió la carrera hacia los duros, como modalidad única de la lucha por la vida.

Se improvisaron las fortunas. [...] Y como los obreros vieron nacer el capital, no han tenido por qué guardarle el respeto que inspiraba a los cerebros rutinarios las instituciones seculares².

Esta interpretación de Maeztu, según la cual la economía sería la causa fundamental del cambio social, y con él, de la mentalidad, tendría una clara inspiración marxista. Baste recordar que por entonces Maeztu era lector asiduo de *La Lucha de Clases*, el periódico socialista de más difusión en España y que precisamente se publicaba en Bilbao.

Y a este respecto, refiriéndose al artículo que estamos comentando, dice Inman Fox en su estudio preliminar:

Aquí vislumbramos las características que van a predominar en el periodismo de Maeztu de los años tratados. Primero, una insistencia en interpretar la historia política en términos dialécticos de la economía, hecho que no deja lugar a dudas de que está familiarizado con el pensamiento de Marx. Si llega a atacar el marxismo como solución a los problemas de España, sus análisis del estado precapitalista de su país y los aspectos revolucionarios de la industrialización siguen muy de cerca las ideas de Marx expresadas en *El Capital* [...]. Pero está claro que el joven Ramiro era pensador socialista, a veces revisionista, a veces reformista³.

Paso seguido, Maeztu se detiene a considerar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros en las minas y las fábricas de Bilbao: barracones inmundos, ubicados cerca de sus lugares de trabajo; jornadas de trece horas; bajos salarios; malos tratos del capataz; obligación de gastar en la tienda del contratista... En fin, que el terreno estaba abonado, pero faltaba la semilla: la propaganda de las ideas socialistas entre los obreros; representando los principios socialistas un nuevo evangelio de la praxis:

Mas la fe socialista no es una fe contemplativa y hubo de exteriorizarse muy en breve. El ¡Uníos, trabajadores! se cumplió como el ¡Creced y multiplicaos! de Cristo. A la queja inexpresada e ineficaz sucedió el espíritu de solidaridad entre obreros y de resistencia respecto del patrono. [...] Vinieron las huelgas y con ellas las persecuciones. Y ¡cuán cierto es que si le fe hace mártires, también los mártires hacen la fe!

Las prisiones arbitrarias y los fusilamientos a multitudes indefensas, que el miedo y la brutalidad de la burguesía realizaron, dieron hecho el trabajo a los propagandistas y el socialismo fue conquistando toda la cuenca, monte tras monte, fábrica tras fábrica⁴.

Ahora bien, en opinión de Maeztu, esta difusión del socialismo no había sido tan completa como en otras regiones del Centro y del Norte de Europa, y ello se debía, en primer lugar, al hecho de que en Vizcaya, y por ende en el resto de España, el sistema social que nace de la industrialización, el desarrollo de la burguesía y el capitalismo no estaba aún maduro, sino en período de formación y precaria consolidación:

Débase, en primer lugar, al hecho de que el socialismo bilbaíno no ha contado con hombres como Reclus, Marx, Richard Owen, Engels, Lasalle, ricos de nacimiento y que como tales han podido dedicarse de lleno al estudio y propaganda de sus ideas, y demostrar prácticamente, con su vida, que el socialismo es algo más que una aspiración demoledora de los descamisados, que el socialismo es un sistema hijo legítimo y sucesor forzoso del capitalismo. La burguesía vizcaína, no formada aún del todo,

² MAEZTU: *op. cit.*, pp. 53-54.

³ FOX: «Ramiro de Maeztu y Whitney ante España 1897-1904», estudio preliminar a *Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos 1897-1904*, pp. 13-14.

⁴ MAEZTU: *op. cit.*, p. 55.

no está en estado de producir esos caracteres, que se dan, como los curas heréticos de la reforma y los aristócratas revolucionarios de la enciclopedia, en sistemas sociales ya maduros⁵.

Otra de las causas del atraso en la difusión del socialismo se hallaría, según Maeztu, en el «bizcarrismo» –movimiento separatista que se inició con la publicación por Luis Arana Goiri del periódico *Vizkairras*, el 8 de junio de 1893; luego se fundó el Partido Nacionalista Vasco–:

Además, el socialismo ha tenido que luchar con el bizcarrismo o antimaketismo, ideal hidrófobo y absurdo, pues que en el fondo sólo consiste en el odio que los nativos de un país suelen profesar a los inmigrantes que les disputan el salario. [...] Así, en los vizcaínos, se ha desarrollado, más de lo que se cree generalmente, un nativismo agresivo, que es el mayor obstáculo con que entre ellos tropieza la causa de la humanidad y de la justicia⁶.

Otro importante artículo publicado por Maeztu sobre el tema que nos ocupa –el socialismo–, lleva por título «La dignidad obrera. En el taller madrileño» (*Germinal*, 24 de septiembre de 1897). En este artículo, comienza por analizar la mentalidad pre-socialista, contraponiéndola a la dignificación de la conciencia obrera realizada, a su juicio, por el socialismo. Así, en el taller madrileño, donde aún no habría calado la propaganda socialista, el obrero viviría y sería tratado como una bestia de carga:

En el fondo del obrero madrileño hierven, ¡no han de hervir!, odios que son fermentos de dolores, pero odios esfumados que aún no han cobrado forma, que sólo se traducen en el desamor a la manufactura producida, en robar minutos al trabajo, en el corte de mangas al patrono que se aleja, y que halla su consecuencia lógica en la inferioridad industrial de nuestro país, una de cuyas causas fundamentales estriba, aunque parezca extraño a nuestra majadera burguesía, en que nuestras masas trabajadoras arrastran su vida a semejanza de los solípedos de carga, sin otro ideal que ir esquivando el lomo a los latigazos del arriero⁷.

Por el contrario, Maeztu nos propone entrar en los talleres de una fábrica de París o de Bélgica, donde los operarios son socialistas: el odio al patrón o al capataz ya no es personal, sino que éstos son considerados como enemigos de clase; no consienten en ser maltratados y luchan, de manera eficaz, para mejorar sus condiciones de trabajo y de vida; a la vez que, como aspiran a la supresión de los patronos, trabajan a conciencia:

Los señores patronos se guardan muy mucho de tutear a los señores proletarios. En cambio, si se acercan para examinar su trabajo, saben muy bien que no han de quedar descontentos del de los más caracterizados socialistas. Es que el ideal, al mismo tiempo que dignifica al hombre, le hace comprender que debe merecerlo para alcanzarlo; y el obrero que aspira a la supresión de los patronos, comienza por no necesitar que le agujoneen para cumplir su obligación⁸.

Paso seguido, Maeztu vuelve a la cuestión del atraso de la propaganda socialista, esta vez en el taller madrileño. Las razones de este atraso las encuentra Maeztu en una industrialización incipiente y en un insuficiente desarrollo capitalista en nuestro país; así como en que los intelectuales y escritores socialistas se dedican más a disquisiciones doctrinales, que a la denuncia de situaciones concretas y a dar forma a las aspiraciones de los obreros:

Es muy cierto que la propaganda del socialismo no es tan fácil en nuestros talleres de tres operarios como en las fábricas extranjeras, donde se explotan los hombres por rebaños. El socialismo se propaga en la gran industria como los pinos en el suelo arenoso; es su terreno propio. Sin embargo, no

⁵ *Ibíd.*

⁶ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 56-56. Este artículo, como otros que le siguen, fue firmado con el acróstico «ROTUNNEY» (RamiRO MaezTU WhitNEY).

⁷ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 65-66.

⁸ MAEZTU: *op. cit.*, p. 67.

faltan en Madrid talleres en los que es bastante considerable el número de trabajadores. ¿En qué consiste que esté tan atrasada la propaganda del socialismo? [...]

En primer lugar, nosotros los escritores socialistas tenemos mucha parte de culpa. Los periódicos españoles que defienden nuestra noble aspiración sólo se han ocupado de cuestiones meramente doctrinales, y a excepción de los escritos que publica *La Lucha de Clases*, de Bilbao, pocos artículos socialistas se han escrito con el propósito de hablar al corazón y a la cabeza del obrero, amoldándose a su inteligencia, ayuna de cultura, y dando expresión a sus aspiraciones íntimas, esas aspiraciones que el obrero no ha sabido aún formularse con claridad⁹.

Para acabar, y en relación con las publicaciones en las que colaboró Maeztu, Inman Fox nos aporta las siguientes noticias:

Desde que se arrimó el joven Maeztu y Whitney a la Villa y Corte hacia mediados de 1897 hasta fines de 1899, sus artículos aparecieron casi exclusivamente –con una u otra excepción– en las publicaciones socialistas *Germinal*, *El País* y *Vida Nueva*. [...] Estos periódicos no apoyaban siempre ideas patrocinadas por el Partido Socialista –a veces fue al contrario–, pero su política editorial se basó en la convicción de que la «cuestión social» vendría sólo con un cambio radical en la estructura socio-económica del país. Rafael Pérez de la Dehesa ha señalado que la revista *Germinal* tuvo un papel destacado en la evolución del socialismo español. En sus páginas se aireaban los debates ideológicos del día sobre el reformismo no marxista y el revisionismo marxista, dando amplia cabida a escritores socialistas y republicanos progresistas. El grupo «Germinal» –en el que Maeztu llegó a tener gran importancia– pasó a la redacción de *El País*, diario de gran circulación, cuya dirección se entregó a Joaquín Dicenta en octubre de 1897 y cuyo subtítulo se cambió a «Diario republicano socialista revolucionario». *Vida Nueva*, revista dirigida por Eusebio Blasco, apadrinó políticamente el socialismo independiente. En ella, al lado de Maeztu y otros escritores radicales, colaboraron socialistas como José Verdes Montenegro (a quien fue dedicado *Hacia otra España*), Joaquín Dicenta, Pedro Dorado, Pablo Iglesias, Unamuno y Juan José Morato¹⁰.

II. Cuba

Pasemos ahora a otro tema crucial para el fin de siglo español: la guerra de Cuba. A este tema Maeztu le dedica el artículo «¿Qué se debe hacer en Cuba? Cuatro palabras con sentido común» (*Germinal*, 6 de agosto de 1897).

Maeztu sostiene que la cuestión cubana se ha debatido tan sólo en sus aspectos políticos, siendo estos lo aparente o lo accesorio; puesto que «*la revolución cubana, como todas las revoluciones, es un hecho eminentemente social*». Los pueblos no hacen una revolución para que gobierne este o aquel personaje, ni siquiera para que la forma de gobierno sea una monarquía o una república; sino «*para mejorar su condición, para aliviar su sufrimiento*»¹¹. De modo que, a juicio de Maeztu, lo que habría llevado al pueblo cubano a la manigua y a la rebeldía armada, sería el descontento general de obreros y hacendados:

La insurrección cubana es una nueva fase de la eterna lucha entre el campo y la ciudad, entre el campesino y el comerciante. Al terminar la campaña de los doce años, quedó el comercio floreciente, y arruinado el campo. Los desastres de la guerra, incendios de fincas, carencia de brazos, pesaron sobre el agricultor; su única ventaja, que es el dinero que las tropas hacen circular, redundó en beneficio de los comerciantes.

Abolida la esclavitud, la agrícola industria azucarera tuvo que transformar su maquinaria, para compensar la carestía de trabajo libre. Carecía de capitales para hacerlo, y recurrió al comercio. Este se los proporcionó, pero ¿en qué condiciones? Responderé a esta pregunta citando el hecho de que, a pesar de la fertilidad inagotable de la tierra cubana, al comenzar la actual insurrección, apenas llegaría a me-

⁹ MAEZTU: *op. cit.*, p. 68.

¹⁰ FOX: *op. cit.*, pp. 17-18.

¹¹ MAEZTU: *op. cit.*, p. 59.

dia docena los agricultores que no tuvieran hipotecadas sus haciendas, descontando naturalmente los comerciantes que, habiendo saldado sus cuentas, se quedaron con los ingenios, potreros, colonias, cafetales y vegas de sus deudores. Los tentáculos del interés ahogaban al labriego, acabando por reducir a irrisorio salario al obrero de uno de los países más feraces del orbe.

Si a esto se añade que la masa de obreros y hacendados es criolla, en tanto que los comerciantes son, por punto general, peninsulares, no son necesarias mayores divagaciones para dar con la clave de la guerra¹².

En la interpretación de Maeztu influyen sin duda las ideas socialistas, al dar primacía a los factores económicos sobre los políticos; a la vez que un conocimiento directo de la realidad cubana. Su abuelo había emigrado a Cuba, donde se convirtió en un importante hacendado, y su padre, Manuel de Maeztu, nació en las Antillas, aunque fue mandado a París a educarse –allí conocería a su futura esposa, Juana Whitney, hija del cónsul inglés y protestante–. Debido a la crisis financiera de su padre, Ramiro de Maeztu no puede continuar sus estudios y, en 1891, se embarca a Cuba para trabajar en un ingenio de azúcar. Como su padre acabó por arruinarse, Ramiro de Maeztu tuvo que trabajar en diversos oficios, hasta que en 1894 regresó a España en la bodega de un barco transatlántico.

A modo de conclusión de estos datos biográficos sobre Maeztu, nos dice Inman Fox:

Fue hijo de una familia, por ejemplo, venida a menos por la explotación de los obreros y hacendados criollos por los capitalistas peninsulares de Cuba [...]. También vemos que Maeztu –a diferencia de Baroja, Azorín y Unamuno– tenía una experiencia vital de obrero, de español en Cuba cuando estalla la rebeldía de los colonos; y que le faltaba la preparación humanística –probablemente por no haber vivido en un ambiente universitario– que iba a caracterizar a los escritos de sus cogeneracionistas¹³.

Volviendo al contenido del artículo, Maeztu señala cómo el problema cubano había venido a crear un problema nacional a los españoles; puesto que las soluciones ensayadas, la guerra sin reformas (solución conservadora) o la autonomía (solución liberal) o la solución mixta del gobierno de entonces, no habían funcionado; por otra parte, de seguir con la guerra, se acabaría por despoblar la Península de su brazos más útiles, para repoblarla después con tullidos y tísicos, a la par que seguiría aumentando la deuda nacional, hasta llegar a la bancarrota económica; además que «*nos exponemos a una guerra en la que arriesgamos todas nuestras colonias sin posibilidades de ganar cosa alguna*»¹⁴. En función de todo lo anterior, a la pregunta de qué debemos hacer, responde Maeztu:

No falta quien afirme que si una propiedad arruina al propietario, debe enajenarla lo antes que pueda y al mejor precio posible. En estos tiempos hacen más milagros las varas de medir que la lanza del valeroso don Quijote.

Y todos nos preguntamos si no se ha regado aún con bastante sangre una tierra que no se la merece¹⁵.

¹² MAEZTU: *op. cit.*, pp. 59-60.

¹³ FOX: *op. cit.* p. 12.

¹⁴ MAEZTU: *op. cit.*, p. 63. Este subrayado y los que en lo sucesivo aparezcan lo están en el original. Alusión a la posibilidad, ante una intervención de los Estados Unidos, de perder también Puerto Rico y Filipinas.

¹⁵ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 63-64. La expresión «la vara de medir», como símbolo de una conciencia económica aplicada a los problemas de España, será después el título de un artículo de Maeztu publicado en *Vida Nueva*, en 1898, que incluirá luego en su libro *Hacia otra España* (1899).

III. Los intelectuales

En el artículo titulado «Anda, anda... (Para un intelectual)» (*Vida Nueva*, 8 de enero de 1899), Maeztu se dirige a un intelectual imaginario, para quien el anarquismo sería el «Non Plus Ultra» de las ideas. Con un estilo que recuerda a Nietzsche, por las metáforas y las expresiones empleadas, nuestro autor comienza por advertirle de los «*ademanos místicos*» que observa en los «*moradores del jardín de la utopía*»¹⁶, los anarquistas:

Viven en un mundo aparte; en el que llevan dentro de la cabeza. Hablan con la sinceridad de la fe ciega, tranquila y absoluta. Se conducen como videntes sibilinos. Cometan crímenes, locuras, heroísmos, y al apartarse de la vida, fijan los ojos en el vacío del cielo. Todo lo dan por descontado: sufrimientos, privaciones, desengaños y castigos. No les espanta la irrealidad de sus ensueños; su reino no es de este mundo; reinan sobre un Edén que se han forjado, Edén de sencillez, de amor, de paz. [...]

No los envidies. Son, en realidad, víctimas miserables de las asechanzas de La Muerte. Porque es la utopía un lazo que la Muerte nos tiende. ¿No reparas en que ante la perspectiva del Paraíso – celestial o terrestre– hácese insoportable nuestro paso por el que se ha llamado *valle de lágrimas*? [...]

¿Sigues creyendo haber llegado a la primavera? ¿Persistes en calificar el anarquismo de *non plus ultra* intelectual? [...] Nada le falta al Cristo nuevo para asemejarse al Cristo hebreo, ni la utopía de un cielo, ni el unguento, ni el sacrificio. Pues bien: si contra el resignado Nazareno alzó los puños uno de los tuyos y exclamó con soberbia: «¡Cristo, Cristo!... ¡¡Ladrón de energías!!» ¿Por qué no has de arrojar la misma frase contra el rostro de los Cristos modernos?¹⁷.

Para Maeztu, en una línea de pensamiento claramente nietzscheana, el anarquismo sería sinónimo de cansancio de la vida, por eso se forjaría la utopía de un paraíso aquí, en la tierra; de cansancio intelectual, por lo que se refugiaría en un fe ciega y absoluta, en la que no habría lugar para la curiosidad y la duda; además de que necesitaría del dolor y del sacrificio, pues la fe hace mártires y los mártires hacen la fe. Por último, frente a las ideas anarquistas de Faure o Kropotkin, cuyas lecturas habían influido en Maeztu, irrumpe de forma expresa la figura de Nietzsche:

Echa ahora la vista atrás. ¡Cuán mezquinos te parecen los mártires y santos de todas las cataduras!... ¡Sí, han merecido su suerte! Pero no los desprecies. Gracias a que ellos te ayudaron al comenzar la ruta puedes hoy repetir con Federico Nietzsche el pensamiento más altivo y el más consolador: «Yo no sé si la vida es buena o mala, mas ya que vivo, quiero que sea espléndida, triunfal y lujuriente...»¹⁸.

Si bien resulta fácil de entender que un escritor socialista combata el anarquismo en la lucha por la hegemonía dentro del movimiento obrero¹⁹, no sucede lo mismo cuando lo hace desde la filosofía de Nietzsche. Efectivamente, el individualismo y aristocratismo del hombre superior nietzscheano no casa bien con la dimensión societaria y el igualitarismo del socialismo; lo que nos lleva a plantear la cuestión del carácter sui generis del ideario socialista de Maeztu.

A este respecto, y en relación con la función que Maeztu atribuye a los intelectuales, Inman Fox apunta lo siguiente:

¹⁶ MAEZTU: *op. cit.*, p. 74.

¹⁷ MAEZTU: *op. cit.*, p. 75.

¹⁸ MAEZTU: *op. cit.*, p. 76.

¹⁹ Bajo el título genérico de «El ideal anarquista en España», Maeztu dedicará a este tema una serie de cuatro artículos, publicados en *El Imparcial*, los días 28 de noviembre, 6, 16 y 24 de diciembre de 1901. En el primero de ellos trata con detalle la difusión del anarquismo en España; en el segundo condena la «propaganda por el hecho» y la huelga general; en el tercero rechaza que la solución contra el anarquismo sea tan sólo el empleo de la fuerza por parte de los poderes públicos; y en el cuarto Maeztu apuesta por la difusión de la cultura a través de la enseñanza popular, no dogmática [V. MAEZTU: *op. cit.*, pp. 176-180, 180-185, 185-189 y 189-194].

Lejos de la desconfianza que sentían Marx y Engels por el intelectual, Maeztu encuentra en él un elemento esencial del movimiento obrero cuya tarea principal es forjar un ideal colectivo para la masa, incapaz de ver más allá de las necesidades inmediatas. A pesar de su preocupación por la lucha de clases, Maeztu revela muy temprano un pensamiento aristocrático radicado en una fe ciega en una escogida minoría como único dirigente de la sociedad, ideología que Ortega va a hacer suya²⁰.

Así, en un artículo anterior a este que comentamos, bajo el título de «Ideal nuevo» (*El Progreso*, 6 de febrero de 1898), ante ciertas manifestaciones sociales y políticas de la juventud estudiantil, Maeztu señalaba el carácter reaccionario de unas «*muchedumbres semiintelectuales, que se aburren de sobrellevar una conciencia y prefieren entregarse al instinto*»²¹; para concluir de la siguiente manera:

Diríase que el progreso sólo redunda en beneficio de los cerebros de *l'élite*, de los cerebros de una escogida minoría y ese nuevo ideal pudiera consistir en aplicar la inteligencia social, no ya en beneficio de la masa, sino en el de esa misma minoría.

Y entonces, cuando las masas se fatiguen de arrastrarse ante los sables y las sotanas, y vuelvan a impetrar su redención de los intelectuales, la palmeta de dómine que éstos empuñan hoy habrase transformado en el látigo de domador que les corresponde²².

IV. La Iglesia

Maeztu aborda esta importante cuestión en el artículo titulado «El dinero frente a la Iglesia» (*Vida Nueva*, 26 de marzo de 1899). Si con anterioridad cuestionaba el anarquismo desde filosofía de Nietzsche, ahora va a combatir el clericalismo en nombre del «*dinero*», es decir, de las clases conservadoras y del capitalismo –punto de vista éste que también parece difícil de compatibilizar con un ideario socialista–. Veámoslo:

Se ha cometido en nuestra patria el craso error de confundir en una misma campaña a la Iglesia y al dinero; el anticlericalismo se ha hecho demagógico; y la Iglesia se ha aprovechado de este yerro, ofreciéndose humildemente, primero, como defensora del orden social y pretendiendo luego, dominar y a aun absorber a las clases conservadoras²³.

Paso seguido, Maeztu expone los cargos que, a su juicio, el dinero puede formular contra la iglesia, con el fin de demostrar que sus intereses son contrapuestos; y que podemos agrupar en dos tipos, según se refieran a la economía o a la educación. En lo económico, Maeztu afirma que el capital invertido en la construcción de edificios religiosos y en el sostén de los eclesiásticos es un capital muerto, que se podría haber desarrollado en el cultivo de tierras, en la explotación de minas, en la industria y los transportes; además de pesar muy negativamente en el balance del presupuesto nacional:

La Iglesia constituye uno de los capítulos más caros del presupuesto nacional. Digan lo que quieran los economistas de la democracia, el Estado lo pagan los ricos; el problema de los tributos interesa muy poco a los proletarios, que, en virtud de la conocida ley de los salarios, gana siempre, lo mismo en los Estados florecientes que en los arruinados, el mínimo necesario para la subsistencia y conservación de la masa obrera.

En realidad, pesa sobre el balance de cada casa importante, el sueldo de un general, de un obispo, de un gobernador y de un catedrático, golfos que en nada contribuyen al desarrollo capitalístico²⁴.

²⁰ FOX: *op. cit.*, p. 15.

²¹ MAEZTU: *op. cit.*, p. 72.

²² MAEZTU: *op. cit.*, p. 73.

²³ MAEZTU: *op. cit.*, p. 79.

²⁴ MAEZTU: *op. cit.*, p. 80.

Y respecto a la educación religiosa, Maeztu introduce las siguientes consideraciones: en la mujer de las clases conservadoras esa educación no ha hecho de ellas las compañeras que los hombres necesitan en su «*carrera por la vida*», mientras que en la mujer del pueblo puede el hombre encontrar una ayuda en su «*empeño de buscar dinero*»; y en cuanto a los hijos, la educación que reciben en los colegios religiosos tampoco sirve para hacer de ellos gentes «*capaces de defenderse en la lucha por la vida*». En definitiva, subyace la tesis de que la educación religiosa, desde el pulpito a la escuela, no corre paralela al espíritu de la sociedad moderna, industrial y capitalista, incluso que lo obstaculiza:

No se puede citar un solo caso de un *self made man* (*hombre enriquecido por sí mismo*) educado por religiosos. Esta educación produce santos y viciosos, católicos y anticatólicos, pero no hombres de voluntad e inventiva, cualidades que mata el *Magister dixit* y la obediencia y que son las únicas necesarias para hacer dinero²⁵.

Más aún, dentro de la serie de artículos dedicados al «Ideal anarquista en España», en el cuarto y último «Los remedios. La cultura» (*El Imparcial*, 24 de diciembre de 1901), Maeztu sostendrá la tesis de que la educación dogmática en España favorecería, de forma indirecta, la extensión del anarquismo:

El anarquismo, nacido en Rusia, país dogmático y tradicionalista por excelencia, sólo ha podido extenderse en los países de educación dogmática: Francia, Italia, España, Polonia, Portugal, Irlanda, etc. No existe en los pueblos anglosajones, cuya característica intelectual es el experimentalismo; no existe tampoco en los germánicos y escandinavos, educados en el libérrimo criticismo kantiano. Allá donde se enseña a los niños a tomar de la realidad objetiva el mayor número posible de datos antes de formular juicio, no pueden ser leídos los libros anarquistas, tan ricos en utopías como pobres en datos reales. Allá donde se estimula a los alumnos a la libre crítica de cuantos principios apriorísticos se someten a su juicio, no puede arraigar en las conciencias el ideal anarquista, porque la crítica destruye sus fundamentos²⁶.

Como conclusión, Maeztu se muestra anticlerical por considerar que la iglesia estorba el desarrollo económico del país, a la vez que teme por el aumento de la influencia del clero en la vida política; además de considerar que la iglesia ha fracasado como «*intermediaria entre el capital y el trabajo*»:

El auge teocrático en España estriba en que la Iglesia se ha colocado entre los pobres y los ricos. A aquéllos les alienta prometiéndoles nuestra caridad y les amenaza con nuestros egoísmos. A los ricos les halaga respondiendo de la resignación de los de abajo y les explota agitando ante sus ojos el fantasma de los odios demagógicos.

Pues bien, el fracaso de la Iglesia es absoluto. La caridad de los poderosos ha sido espléndida, pero se ha traducido en la fortuna de las órdenes religiosas, no en el mejoramiento de la vida del pueblo. No hay nación alguna en que sea más triste la condición de los trabajadores. En ninguna, tampoco, ha sido tan feroz el anarquismo. ¿Qué ha hecho la Iglesia española en beneficio positivo de los obreros?... ¿Y qué ha hecho para asegurar a los propietarios el tranquilo disfrute de su hacienda? [...]

Basta de catecismos para resolver las luchas de clases. [...] Sus resultados son harto lamentables para que no se lo sacudan las clases más vigorosas: las adineradas.

De ellas está brotando un anticlericalismo nuevo que parecerá cursi a Menéndez Pelayo, ese triste coleccionador de muertas naderías. Yo le devuelvo el adjetivo [...]; son cursis los parásitos que pretenden erigirse en columnas del orden²⁷.

²⁵ MAEZTU: *op. cit.*, p. 81.

²⁶ MAEZTU: *op. cit.*, p. 191.

²⁷ MAEZTU: *op. cit.*, p. 83.

V. El Estado

En «El dinero frente al Estado» (*Vida Nueva*, 9 de abril de 1899), Maeztu comienza señalando la aparente paradoja del título de su artículo; pues, en línea con el análisis marxista, el Estado –con sus instrumentos como el ejército, la policía y los tribunales– sería el garante de un orden social que apoyaría al dinero y a las clases conservadoras; pero, no así en España, donde el «desarrollo capitalístico», a semejanza de lo que ocurría con la iglesia, se vería entorpecido por el Estado:

¡Como que tenemos, a juzgar por las nóminas, un Estado completo, en tanto que el desarrollo nacional es rudimentario, apenas se ha iniciado en el suelo de Cataluña y de Valencia, y en el subsuelo de Asturias y de Vizcaya, mientras el resto de la patria está aún por hacer!

¡Y cómo hacer patria, si absorbe el Estado los capitales y los hombres que habrían de acometer esa empresa!²⁸.

A este respecto, en «El dinero frente a la Iglesia», Maeztu se había referido al «funcionarismo» como una grave amenaza para el desarrollo capitalístico de la nación, máxime después de la pérdida de las colonias:

En la lucha internacional por los mercados y por el dinero, los pueblos de funcionarios no pueden defenderse contra la invasión de los pueblos formados por hombres libres [...].

Es para la agricultura, para el comercio y para la industria, para nuestras clases conservadoras, asunto de vital interés el de reducir el personal del Estado, si hemos de arrojar en el torrente del desarrollo nacional los capitales y los hombres que hoy se malogran en el presupuesto y en los destinos²⁹.

Volviendo al artículo que ahora nos ocupa, Maeztu denuncia la pervivencia secular de una «clase social indefinible, aborrecedora del trabajo», amparada por el Estado y que estaría formada, a su juicio, por la inmensa burocracia administrativa, las jerarquías eclesiástica y militar, catedráticos de metafísica o de historia que explican muertas naderías, abogados que fomentan pleitos y magistrados..., además de los políticos al uso:

De esta clase salen los hombres públicos, de ella se forman los partidos políticos, los que monopolizan el Estado... ¿qué ha de esperar el dinero de Gobiernos constituidos de esta suerte? Fuera un engaño pedirle al Estado que contribuya al desarrollo público, ni que se moralice, ni que instruya; basta con que no estorbe demasiado. Y a este efecto, lo que de él solicitan las clases conservadoras –las verdaderas clases conservadoras, no la bohemia política que usurpa su nombre– es que por nada del mundo imponga tributos nuevos, que reduzca los actuales, que se ajuste a un mínimo de gastos, siquiera con este mínimo haga cuanto le plazca... Y el que otra cosa pida de los Gobiernos, o no ha sabido despejar su inteligencia de las marrullerías políticas o lleva en el fondo de su alma, sin advertirlo acaso, un aspirante a funcionario³⁰.

En función de lo expuesto, puede afirmarse que el pensamiento de Maeztu se aleja aún más del ideario socialista, al menos, de un ideario socialista ortodoxo; por cuanto que la lucha de clases se ve desplazada por la lucha Estado e iglesia versus dinero y desarrollo capitalístico. Al mismo tiempo, la desconfianza sistemática que Maeztu y otros intelectuales de fin de siglo muestran hacia el Estado y los partidos políticos –aun reconociendo que su crítica haya que radicarla en el sistema de partidos turnantes de la Restauración–, contribuirá a crear una «cultura antipolítica» en sectores sociales diversos –y por intereses bien distintos– a los del proletariado anarquista.

²⁸ MAEZTU: *op. cit.*, p. 86.

²⁹ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 80-81.

³⁰ MAEZTU: *op. cit.*, p. 88.

Otro artículo para el tema que nos ocupa es «La cuestión hidráulica» (*Las Noticias*, 15 de abril de 1889), en respuesta a una campaña emprendida por Rafael Gasset en *El Imparcial*, en la línea de lo que Joaquín Costa llamaba la «política hidráulica». Maeztu comienza denunciando la situación del campo español, sobre todo, en la Meseta: despoblación, abandono de la tierra, falta de agua...; y añade:

No es que yo califique de ensueño la canalización de nuestros ríos. Entiendo que se trata de una cuestión hacedera, inaplazable, de necesidad absoluta, no tan sólo para las tierras áridas de la gran meseta castellana, sino hasta para las regiones industriales del litoral, necesitadas de mercados que las comarcas agrícolas, en su pobreza supina, no pueden ofrecerles para compensar la pérdida de las colonias.

Lo que me alarma es que tanto el señor Gasset como el señor Costa, fían a la buena voluntad de un Gobierno-Providencia la misión irrigatoria. Esta confianza es muy española, porque es muy cómoda. Al Estado le encomendamos todo: hombres, tributos, derechos, etc., etc.; y si el Estado lo malbarata nos lavamos las manos, curándonos en salud, vomitando pestes contra el Ministerio y pidiendo su caída³¹.

Ya en el anterior artículo que comentábamos, «El dinero frente al Estado», Maeztu, refiriéndose a los resultados de las «Asambleas de Zaragoza», pedía a las clases conservadoras que desterrasen todo espíritu de «*politiquilla comunista*», porque «*politiquilla comunista es la que pide al Estado mejoras y reformas que cumple acometer a los individuos*»³².

Esta actitud revelaría, a juicio de Maeztu –y volvemos a «La cuestión hidráulica»–, abandono y pereza, «*letargo intelectual*» e irresponsabilidad; que, además, se encargarían de fomentar los hombres públicos y los grandes periódicos: unos, porque qué sería de ellos si el pueblo «*procurara crearse su bienestar sin esperar cosa alguna de los Gobiernos*»³³; otros, porque no se atreverían a acusar a su público de los defectos antes señalados. Por consiguiente, concluye Maeztu, es la iniciativa particular, antes que la administración pública, la que debe acometer las obras de canalización de ríos y de irrigación:

Sin la ayuda del Estado, y aun luchando contra él (y contra la filoxera), se va convirtiendo en un vergel el suelo catalán. Imiten tan alto ejemplo otras regiones. Cuente cada cual consigo –esta es la fija–, que de este recio individualismo nace la verdadera solidaridad social, el crédito.

[...] Las comarcas agrícolas que quieran trabajar encontrarán dinero para sus empresas en el ahorro de las industriales. Las comarcas absentistas han de sufrir una traslación de propiedad para mejorarse.

Así se hace país³⁴.

³¹ MAEZTU: *op. cit.*, p. 91.

³² MAEZTU: *op. cit.*, p. 86. En la Asamblea de Zaragoza (20-26 de noviembre de 1898), a la que Maeztu asistió como observador, se reunieron representantes de Cámaras de Comercio de toda España, con el propósito de regenerar económicamente a España. Pese a compartir el propósito, Maeztu no ocultó sus temores de que el programa de la Asamblea pudiera convertirse en plataforma de un nuevo partido político; temores que vieron confirmados cuando Costa convocó a otra Asamblea de Zaragoza (15-20 de febrero de 1899) a las cámaras agrícolas y comerciales y a los centros de labradores, constituyendo la Liga Nacional de Productores [V. Fox, *op. cit.*, pp. 18-20].

³³ MAEZTU: *op. cit.*, p. 91.

³⁴ MAEZTU: *op. cit.*, p. 94.

VI. Regionalismos

En un artículo titulado «Nuestra cuestión social» (*Las Noticias*, 27 de abril de 1889), Maeztu sostenía que, antes que abordar el pleito entre patronos y obreros, era preciso resolver «*la cuestión social que en España se origina por el acrecentamiento inaudito de las clases no trabajadoras*»³⁵. Entre otros síntomas de este mal, Maeztu señalaba que gran parte de la clase media –abogados y periodistas, religiosos y maestros, militares y médicos– vivía de la política o del Estado; y como consecuencia del «funcionarismo» y de la desorganización política y administrativa, el presupuesto del Estado ahogaba el desarrollo de la riqueza de la nación. Así las cosas, Maeztu consideraba que el regionalismo, lejos de remediar nada, era el resultado del acrecentamiento de las clases no trabajadoras en nuestro país:

A poco que ahondemos en la cuestión regionalista, veremos que se trata sencillamente de transformar el mal, no de curarlo. Constituyen el nervio del regionalismo las gentes que en el actual sistema no encuentran satisfechas sus ambiciones; cuantos creen que localizando la administración en Bilbao, La Coruña o Barcelona, hallarán empleos que en Madrid les niegan. Todo lo demás es ñoño. Disquisiciones históricas, listas de agravios, teorías sobre la autonomía y la centralización, no convencen a nadie, ni a los obreros, que las oyen con indiferencia, ni a los industriales, que las escuchan con el recelo de perder mercados e influencias arancelarias³⁶.

Con este mismo espíritu, Maeztu vuelve a ocuparse del regionalismo en un nuevo artículo, titulado «La Nación contra el Estado» (*Revista Nueva*, 25 de julio de 1899). Ante la dificultad de hacer economías en el presupuesto por la oposición de los que viven de él y la caída de ingresos por la resistencia de los contribuyentes a pagar impuestos, con el consiguiente déficit del Estado, parecería como inevitable la bancarrota y la intervención extranjera; aunque esto, a juicio de Maeztu, no supondría el fin de España:

La perspectiva de una intervención extranjera es más temible para los organismos del Estado que para el contribuyente. La intervención haría tabla rasa de todas nuestras nóminas. Antes de llegar a ella se conformarían el ejército y la marina con el cierre de las Academias y la amortización de las vacantes, la burocracia con la limitación de personal, Roma y el clero con la supresión de treinta diócesis, el profesorado con la clausura de seis Universidades, las clases pasivas con su amortización progresiva, los acreedores españoles con una reducción de intereses suficiente para impulsar los capitales a los derroteros de la riqueza viva³⁷.

Y es que Maeztu considera que el Estado no es la patria, sino que sucede más bien al revés, puesto que ningún organismo del Estado sirve al desarrollo de la nación:

No hay en toda Europa una nación cuyos diversos agregados [geográfica, etnográfica y económicamente] estén tan bien unidos naturalmente como los de la nuestra, y con todo, aparecen discordes y antitéticos. Se ha dicho que los Reyes Católicos hilvanaron malamente la Patria española. Lo que hilvanaron fue el Estado. La Patria fue esculpida por la naturaleza, que creó los Pirineos y los mares; y comienza a vivir gracias al sistema arterial de los ferrocarriles, los ríos, las carreteras y los telégrafos. Si los compuestos aparecen discordes, atribúyase al hilván del Estado, instrumento de disolución, que no acertando a crear nuevos lazos, vive de los antiguos y los relaja.

Sus guarniciones, sus audiencias, sus obispados, sus gobiernos civiles y sus universidades, antes hacen aborrecible que simpático el nombre de España en las regiones. Los que cambian productos y los que traemos y llevamos ideas, aspiraciones y odios, creamos más patria que toda esa gente, y por menos coste.

¡Redúzcase el Estado, perezca si es preciso, y prosigamos los españoles haciendo patria!³⁸.

³⁵ MAEZTU: *op. cit.*, p. 97.

³⁶ MAEZTU: *op. cit.*, p. 99.

³⁷ MAEZTU: *op. cit.*, p. 108.

³⁸ MAEZTU: *op. cit.*, p. 109.

VII. La cuestión agraria

De esta cuestión se ocupa Maeztu en su artículo «1789-1899» (*Vida Nueva*, 30 de julio de 1899). A raíz de las palabras de Antonio Maura a propósito de hacer una revolución desde el Congreso antes de que se haga en la calle, Maeztu manifiesta que esa revolución necesaria no ha de ser política, como pudieran apetecer carlistas o republicanos; tampoco social, a la manera de los socialistas:

No se habla, por lo tanto, de revoluciones políticas que han dejado de ser factibles hace veinte años, ni tampoco de la revolución social, tal como la predicaban las distintas escuelas socialistas, porque, a pesar de su propaganda, el ideal de nuestro pueblo bajo, eminentemente agrícola, más que en abolir la propiedad, consiste en hacerse individualmente propietario.

La revolución que comprende nuestro pueblo tiene un sentido más general y más vago. Sería política en cuanto privaría de su influjo a todos los partidos, incluyendo a los absolutistas, republicanos y socialistas. Sería social porque arrancaría la propiedad a los actuales terratenientes y accionistas. Sería revolución en cuanto descargaría los odios populares sobre las cabezas de los prohombres religiosos, militares, burocráticos, políticos, propietarios, negociantes y periodistas³⁹.

Como ponen de manifiesto las palabras de Maeztu, en lo que toca a la cuestión de la propiedad –en este caso, agrícola–, se aleja también de los postulados socialistas. Y a propósito de esto, dice Inman Fox en su estudio preliminar:

El joven Maeztu es siempre más o menos partidario de la acción socialista en cuanto signifique cualquier forma de una lucha de clases dentro del sistema capitalista [...], pero nunca es capaz de conciliarse con el principio del colectivismo de la propiedad. Fiel a su confianza en el individualismo, cree que, en la práctica, la supresión de la concurrencia y de la propiedad individual produciría resultados nefastos [...]. Así es que, como dice varias veces, desprecia el marxismo. Si deja Maeztu constancia de que la vida de los hombres se regula por el dinamismo económico postulado por Marx [...], es escéptico en cuanto al valor de una doctrina económica⁴⁰.

A continuación, Maeztu establece una serie de paralelismos, discutibles por su anacronismo, entre la situación de la Francia de la Revolución de 1789 y la de la España de 1899, hasta llegar a abordar la cuestión de los latifundios:

En el fondo, absentismo y la escasa división de la propiedad dan a nuestros terratenientes el carácter de grandes señores que ostentaban los aristócratas franceses. Si no cazan ciervos en sus tierras, las abandonan en manos de arrendatarios, que hartos hacen con pagar la renta y los tributos y, viéndose imposibilitados para mejorarla, la abandonan incesantemente, convirtiéndose en dehesas las tierras de labrantío. [...]

Hoy, como hace ciento diez años, la tierra española es capaz de alimentarnos, pero se encuentra en manos que no saben hacerla producir, ni permiten cultivarla a los demás⁴¹.

Y concluye Maeztu con un grito de lucha, que recuerda la distinción de Nietzsche entre la «moral de señores» y la «moral de esclavos»:

Réstame añadir, por mi cuenta, que una revolución semejante no significa la instauración de la igualdad humana, ni la del reino de los débiles. Débiles son los que en conventos, en ejércitos, en bancos, en partidos políticos y en las playas y balnearios veraniegos, impiden a los fuertes el desarrollo de sus iniciativas. Débiles son los opresores: su opresión es la más inaguantable de las tiranías todas; pero eso es pasajero.

¡Viva la fuerza! A los que lloran, puñetazos en los ojos; a los que saben crispas las manos, garras, en lugar de uñas... Así es la vida: realicémosla⁴².

³⁹ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 111-112.

⁴⁰ FOX: *op. cit.*, p. 28.

⁴¹ MAEZTU: *op. cit.*, p. 115.

⁴² MAEZTU: *op. cit.*, p. 116.

VIII. Nietzsche como medicina

Como pone de manifiesto el magnífico estudio de Gonzalo Sobejano sobre *Nietzsche en España*⁴³, Maeztu debió conocer la filosofía de Nietzsche en Bilbao, entre 1895 y 1897, proclamando su entusiasmo por él hasta 1905, ya en Madrid. Para Sobejano –que escribía esto en 1966 y que, por tanto, desconocía los *Artículos desconocidos (1897-1904)* de Maeztu, sacados a la luz por Inman Fox en 1977–, el testimonio mayor del nietzscheísmo inicial de Maeztu lo constituye el libro *Hacia otra España* (Bilbao-Madrid, 1899), integrado también por artículos de prensa.

Frente al tópico del nietzscheísmo de Maeztu como una erupción de juventud. Sobejano sostiene la tesis de una presencia continua, aunque zigzagueante, de Nietzsche en el pensamiento de Maeztu:

Entre el «hombre omnipotente» o «sobrehombre mesiánico» postulado en 1898 [en el ensayo de Maeztu a su traducción de la obra *El deseo*, de Hermann Sudermann] y el caballero de la Hispanidad proyectado en los años de la segunda República⁴⁴ hay menos diferencias de las aparentes: se trata de un mantenido modelo de superación humana, trasunto menor y más concreto del superhombre nietzscheano⁴⁵.

Tras esta introducción, pasemos ya al artículo «Nietzsche y Maquiavelo» (*Vida Nueva*, 13 de agosto de 1899), en el que Maeztu sale en defensa de la filosofía de Nietzsche, frente lo que considera una interpretación torcida de esta filosofía, hecha por un escritor en un diario republicano de Madrid:

Y no es que me enoje que sean combatidas las ideas nietzscheanas. El sistema filosófico de mi ídolo está bien armado contra embestidas de toda índole. Lo que no me gusta es que se le «mistifique», procediendo con aquella mala fe que han acreditado los escolásticos al combatir a los racionalistas⁴⁶.

A continuación, tras resaltar las cualidades de estilo y literarias de Nietzsche –en especial de la obra *Así habló Zaratustra*– junto con la fuerza de sus ideas, Maeztu pasa a tratar lo que considera el fondo del asunto:

Desde luego, no existen más que dos filosofías: la de la humanidad, o del rebaño, y de las individualidades poderosas. A la primera pertenecen Buda, Sócrates, Cristo, Carlos Marx y Eliseo Reclus. En ésta no hay matices; salvo que Buda, más profundo que los otros, no afirma otro Edén que la muerte eterna, igual al cabo para todos; los demás no discrepan sino en el emplazamiento del Paraíso, unos lo colocan en la tierra, otros en el cielo; todos discurren con criterio cobarde y utopista, con alma de tullidos.

La concepción individualista es más amplia. Entre otros cien destacan Homero, Carlyle, Darwin, Maquiavelo y Nietzsche⁴⁷.

No obstante, pese a los parecidos, Maeztu distingue el superhombre de Nietzsche, del semidiós de Homero, del héroe de Carlyle, del «*struggle-for-lifer*»⁴⁸ del darwinismo social o del dominador de Maquiavelo, considerando superior el modelo del filósofo alemán.

⁴³ SOBEJANO, GONZALO: *Nietzsche en España*, 1ª edic., Madrid, Editorial Gredos («Biblioteca románica hispánica. II. Estudios y ensayos», núm. 102), 1967, pp. 687.

⁴⁴ Cfr. MAEZTU, RAMIRO DE: «Los caballeros de la Hispanidad. Servicio, jerarquía y hermandad», en *Defensa de la Hispanidad*, 4ª edic., Madrid, Editorial Cultura española, 1941, pp.

⁴⁵ SOBEJANO: «El influjo de Nietzsche en la generación de 1898: Ramiro de Maeztu», en *Nietzsche en España*, p. 325.

⁴⁶ MAEZTU: *op. cit.*, p. 117.

⁴⁷ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 119-120.

⁴⁸ Escrito así en el original.

Por último, como el escritor anticlerical aplicara a Nietzsche el adjetivo de «vesánico» –probablemente haciéndose eco de la conferencia de Eduardo Sanz Escartín, «Federico Nietzsche y el anarquismo intelectual», pronunciada en el Ateneo en 1898 y que tuvo bastante resonancia–, Maeztu le replica con la siguiente apología del pensamiento nietzscheano:

Quando un filósofo somete su cerebro a una presión tan dura que no sólo destruye cuantos valores falsos corren como buenos, sino que crea una idea tan ciclópea como el cultivo consciente del superhombre, una afirmación tan heroica como el sí a la vida de los niños sanos frente al dolor y junto a la muerte, una religión tan sublime como la de los círculos, cuyo dogma fundamental es la creencia de la infinita repetición de las existencias, siempre idénticas a sí mismas, eternizando el placer y las penas, los segundos y los siglos, idea, afirmación y creencia destinadas a realizar en la tierra una revolución tan portentosa, que al evocar las futuras sociedades los nombres de los cristianos, los socialistas y los humanitarios crearán hallar vestigios de tenebrosas pesadillas; cuando un cerebro pasa violentamente de las oscuridades del pasado, a estos mares ebrios de luces, no es extraño que ciegue y se ofusque.. ¡No cabía edificio tan enorme en la envoltura de un solo cerebro!...⁴⁹.

Respecto del papel jugado por la filosofía del creador de *Zarathustra* en el pensamiento del Maeztu de fin de siglo, resulta muy clarificador lo dicho por Inman Fox en su estudio preliminar:

Para Maeztu, quien creía haber encontrado la solución regeneradora en un fuerte individualismo productivo y en un cambio de los valores de la tradición política y racial de España, el hecho de aceptar los ideales nietzscheanos, tan diseminados en el ambiente intelectual español de su época, parecía inevitable. Mientras que Azorín y Baroja se orientaron estética y filosóficamente, durante momentos determinados, por la lectura del filósofo alemán, Maeztu se aprovechó más que nada de sus teorías éticas. Según nuestras noticias, Maeztu había leído *Así hablaba Zarathustra* y *Más allá del Bien y del Mal*, libros que menciona a menudo; también había leído *La philosophie de Nietzsche*, de Henri Lichtenberger, y probablemente participaba en las charlas con Pablo Schmitz, escritor suizo, amigo de todos los del 98 y gran propagador de las ideas de Nietzsche⁵⁰.

Así, pues, la exaltación nietzscheana le serviría a Maeztu, en gran medida, como vehículo retórico para promover el individualismo y la ambición económicos, necesarios para encaminarse «hacia otra España». Para concluir, y en palabras de Gonzalo Sobejano:

Reciente la lectura de Nietzsche en Bilbao, el Maeztu que vive y escribe en Madrid entre 1897 y 1904 aparece en seguida como el nietzscheano más exaltado. No cesa de nombrar, de palabra o por escrito, al autor de *Así hablaba Zarathustra*. Las lecturas directas o indirectas que de él ha hecho le han causado honda impresión, pero el motivo de una adhesión tan viva es, desde el principio, patriótico. Hijo de cubano, Maeztu había vuelto de Cuba hacía poco y veía ahora la consumación del desastre. Ante la postración de España, desmoralizada e indiferente, se agarra a Nietzsche en busca de sacudidas que obren como un tónico de la voluntad⁵¹.

⁴⁹ MAEZTU: *op. cit.*, pp. 121-122.

⁵⁰ FOX: *op. cit.*, p. 31.

⁵¹ SOBEJANO: *op. cit.*, pp. 328-329.

Epílogo

Estamos en abril de 1934, han pasado tres décadas desde que Maeztu escribiera los *Artículos desconocidos (1897-1904)* que hemos venido comentando, así como otros que publicó en el volumen titulado *Hacia otra España* (1899); ahora, en un capítulo titulado «La vuelta del pasado» de su obra *Defensa de la Hispanidad*, Maeztu hace autocrítica de sus escritos de juventud:

La gran locura de la Hispanidad en el siglo XVIII consistió en querer ser más fuerte que hasta entonces, pero distinta de lo que era. Una de las expresiones póstumas ha de encontrarse en el opúsculo que yo compuse en mi juventud, y que se titulaba «Hacia otra España». Yo también quería entonces que España fuera más fuerte, pero pretendía que fuese otra. No caí en la cuenta, hasta más tarde, de que el ser y la fuerza del ser son una misma cosa, y que querer ser otro es lo mismo que querer dejar de ser. [...]

El valor histórico de España consiste en la defensa del espíritu universal contra el de secta. Eso fue la lucha por la cristiandad contra el Islam y sus amigos de Israel. Eso también el mantenimiento de la unidad de la cristiandad contra el sentido secesionista de la Reforma. Y también la civilización de América, en cuya obra fue acompañada y sucedida por los demás pueblos de la Hispanidad. Si miramos a la Historia, nuestra misión es la de propugnar los fines generales de la Humanidad, frente a los cismas y monopolios de bondad y excelencia [...]. Ello significa que nuestro destino en el porvenir es el mismo que en el pasado: atraer a las razas distintas a nuestros territorios y moldearlas en el crisol de nuestro espíritu universalista. ¿Y dónde, si no en la historia, en nuestra historia, encontraremos las normas adecuadas para efectuarlo?⁵².

Así, pues, en esta etapa del pensamiento de Maeztu –y pese a ciertas expresiones que nos recuerdan a la voluntad de poder nietzscheana, como «vida», «querer ser más fuerte», «aumentar la fuerza», que aparecen en este capítulo–, el «destino» de España y de los pueblos que constituyen la Hispanidad se definiría por una «tradicición» (pasado) y una «misión» (porvenir) ligados a la defensa de unos «valores de Historia Universal», que son los de la religión católica.

Más aún, en un nuevo ejercicio de autocrítica, dentro de un capítulo de la misma obra titulado «Cuerpo, alma y espíritu», Maeztu considera que las «minorías cultivadas» deben tener una clara conciencia de esos valores comunes históricos, que constituyen «el ser de un pueblo»; lo que le lleva ahora a la defensa del tradicionalismo histórico de Marcelino Menéndez y Pelayo, al que en otro momento criticara⁵³:

Cuando era yo joven, en el atropello del 98, que fue nuestro *Sturm-und-Drang*, llamé a Menéndez y Pelayo «triste coleccionador de naderías muertas», porque, en mi ignorancia, no me daba cuenta de la supervivencia de lo histórico. Pocos años después me horroricé, todavía me estremezco al recordarlo, cuando en un discurso de la Biblioteca Nacional exclamó don Marcelino, con voz tonante y retadora: «Entre los muertos vivo», yo sentí como si proclamase que estaba muriendo entre los fallecidos. La idea de que se pudiera vivir entre los muertos y la de que sólo entre ellos pudiera vivirse con plenitud la vida del espíritu, me eran entonces extrañas y hasta repugnantes, y supongo que lo seguirán siendo a inmenso número de compatriotas educados⁵⁴.

Y es que, si como enseña la tradición escolástica, en la persona el alma es forma de un cuerpo material; en las naciones, conformado la físico del territorio estaría lo espiritual; de manera que el patriotismo español tendría que partir de nuestra «tradicición ecuménica»: el catolicismo español, que llevaría implícito el ideal de unidad y universalidad: física (del mundo), moral (del género humano) e histórica (posibilidad de la historia universal).

⁵² MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad*, pp. 192-193.

⁵³ Cfr. el apartado «IV. La Iglesia», la página 10 de nuestro trabajo.

⁵⁴ MAEZTU: *op. cit.*, p. 281.

Bibliografía citada

FOX, E. INMAN, ed.: *Ramiro de Maeztu. Artículos desconocidos 1897-1904*, Editorial Castilla («Biblioteca de pensamiento», núm. 4), 1977, pp. 277. [Estudio preliminar «Ramiro de Maeztu y Whitney ante España 1897-1904», «Bibliografía selecta» y notas de E. Inman Fox.]

MAEZTU, RAMIRO DE: *Defensa de la Hispanidad*, 4ª edic., Madrid, Editorial Cultura española, 1941, pp. 368. [Contiene un mapa de la Hispanidad bajo Felipe II, un índice de nombres y otro de materias.

- «Evocación», escrita en febrero de 1938 para la 3ª edición, de Eugenio Vegas Latapié.

- «Apología de la Hispanidad», apéndice a la 2ª edición de diciembre de 1934, por Isidro Gómá y Tomás, arzobispo de Toledo, primado de España (discurso pronunciado en el teatro Colón de Buenos Aires, el 12 de octubre de 1934, y publicado en *Acción Española*, en su número de noviembre de 1934)].

SOBEJANO, GONZALO: *Nietzsche en España*, 1ª edic., Madrid, Editorial Gredos («Biblioteca románica hispánica. II. Estudios y ensayos», núm. 102), 1967, pp. 687.